

Escribir sin papel

Cuentos infantiles



EL CUERNO DE ORO

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



EL CUERNO DE ORO

Raschid y Mul-Hakim estaban siempre discutiendo. A pesar de que los dos eran padres de familia y tenían una cuidada barba que les daba un aspecto de venerables y honrados comerciantes, eran como unos niños que discuten sin parar y por los motivos más ridículos. Cualquier asunto les valía para enredarse, y por decidir si iba a llover o no, enseguida levantaban los brazos gesticulando con mucho brío y dejaban los ojos abiertos y mirando al cielo, mientras a gritos intentaban convencer al otro de lo que cada uno pensaba. Esto mismo sucedía muy a menudo, pero en realidad era una manera de relacionarse, de seguir siendo amigos. Entre ellos dos, la amistad era eso: una inocente sucesión de discusiones.

Sin embargo, aun sabiendo eso, todas las tardes se reunían a una misma hora, cuando ya los dos habían salido del trabajo, y marchaban al café *Occidental* de la calle del Trigo, cerca del puerto de Yidda, en Arabia. Allí, con mucha calma, se iban tomando vasos de té con menta, sentados en las mesas de la terraza, hasta donde llegaba la brisa fresca del mar. Desde allí, podían fijarse en toda la gente que bajaba al puerto o que llegaba de él; los comerciantes que iban a comprar en la lonja, los viajeros que zarpaban o habían arribado, los funcionarios que acudían a su trabajo y los muchachos que siempre encontraban allí algo con lo que jugar.

Los dos eran comerciantes, los dos tenían un negocio con un par de empleados y con una clientela fija desde muchos años atrás. Eran dos personajes bien conocidos en la ciudad. Y además de trabajar cada uno en lo suyo, también eran famosos contadores de historias. Sabían centenares de cuentos, antiguos y modernos. Los habían aprendido oyéndolos aquí y allá, en los cafés del puerto, atendiendo a los vendedores de los mercados, teniendo que vender por los pueblos que había río arriba. En algunos de esos pueblos se contaban historias que decían que se habían inventado en la época anterior al Profeta.

El caso es que una tarde, como cualquier otra tarde, mientras estaban llenando unos vasos con el dorado té de la tetera que les habían servido en una de las mesitas del café *Occidental*, un lujoso automóvil negro se acercó sin hacer mucho ruido y se detuvo a poca distancia de donde estaban ellos. Muchos niños se acercaron a verlo, porque no era común que un coche así llegase hasta el puerto. Los chicos no se atrevían a tocarlo. Porque sería seguramente el coche de algún personaje de gran importancia. El hombre que salió por la puerta trasera iba

sonriente y acarició a algunos chicos en la cabeza. Sin preguntar nada a nadie, se dirigió a la mesa de Raschid y Mul-Hakim, saludó invocando a Alá y les pidió con amabilidad si podía hablar con ellos. Los dos saludaron invocando a Alá y buscaron una silla para que se pudiese sentar a su mesa y beber con ellos un vaso de té con menta. De reojo, lo miraban preguntándose quién podría ser y qué podría querer de ellos ese hombre de aspecto tan elegante.

Se presentó. Era el secretario personal de Alí bin-Yusufi bin-al Harum, propietario de muchas poblaciones al norte de la ciudad y conocido en toda la zona por su fortuna inagotable. También era famoso porque se decía de él que era un animoso mecenas de artistas y de poetas, costumbre que había heredado de sus padres y éstos de sus padres. Después de un rato de charla sobre esto y aquello, les dijo la razón de su sorprendente visita.

-Mi señor, Alí bin-Yusufi bin-al Harum, que Alá lo proteja y lo haga crecer en sabiduría, es un amante de los cuentos. Conoce cientos de ellos y quiere conocer aún muchos más. En su afán por aprender nuevas historias, ha decidido abrir un concurso entre los dos mejores contadores de cuentos de la ciudad, de manera que al que pueda enseñarle la historia más ingeniosa le entregará el Cuerno de Oro. Este Cuerno de Oro es una maravillosa joya traída de los países del sur de África, se trata de un cuerno de rinoceronte hecho en oro y relleno por completo de una montaña de diamantes que se desborda de él. Hemos oído que vosotros sabéis contar deliciosas historias y mi señor me manda para que os llame a su casa y allí entregar el premio al que demuestre mayor destreza en el arte de la narración. Se trata de un gran regalo, pues la fortuna de mi señor es larga y su amor por los relatos es también muy grande.

-Tu propuesta -contestó Raschid, aún muy sorprendido- nos ha cogido de sorpresa. Jamás imaginé que pudiese yo competir contando un cuento. Y tampoco imaginé que tuviese tan cerca la posesión de una fortuna semejante.

-En verdad quien posea esa joya podrá decir que es rico y nunca más conocerá el hambre y podrá comprar todos los barcos del mar Rojo. Sólo nos falta saber si vosotros aceptáis la proposición.

-Desde luego que sí -dijo enseguida Mul-Hakim-. Con esa joya yo seré rico y feliz y mi esposa sonreirá para siempre y mis hijos estarán orgullosos de mí toda la vida.

-Pero será mi mujer quien se alegre -dijo Raschid-, y mis hijos los que se enorgullecerán, pues puedes ya decir que esa joya va a ser mía.

-¿Y cómo? ¿Acaso has contado alguna vez un cuento mejor que yo?

-¡Siempre!, y tú lo sabes tan bien como cualquiera de los que nos conocen.

-Te equivocas, como siempre te equivocas, porque algún espíritu te nubló el

entendimiento a la hora de nacer y tu cabeza está llena de virtudes de madera.

-Silencio- pidió el visitante, que estaba comprobando la facilidad de los dos amigos para caer en una discusión-. Bien se ve que los dos tenéis la lengua entrenada y que no le dais nunca reposo. Avisad a vuestras esposas, porque seguramente hoy no cenaréis con ellas. Después subid al coche y viajaremos a la casa de mi señor.

Así fue como Raschid y su amigo Mul-Hakim llegaron a la casa del señor Alí bin-Yusufi bin-al Harum. En el palacete los estaban esperando. En una gran sala desde la que se veían los jardines y las piscinas de piedra entre macizos de flores y jaras, había tres personas sentadas o reclinadas en cómodos cojines. En el centro, una mesa repleta de fuentes con fruta fresca, almendras, dátiles y pasas, dulces fritos y asados, panes y pétalos de flores. En cuanto acabaron las presentaciones, el señor de la casa les explicó todo.

-Ya veis que sois bienvenidos a mi casa. Como ya conocéis, pienso regalar el Cuerno de Oro a quien mejor habilidad demuestre inventando historias. Con nosotros están dos doctores, sabios conocedores del libro sagrado, de la medicina y de la historia de los hombres. Ellos decidirán finalmente quién merece llevarse el cuerno a su casa para alegrar a su esposa y llenar de orgullo a toda su familia. Raschid, comienza tú, pues todos aguardamos con ansiedad el momento de oír la primera historia.

-Pues me lo pides, generoso señor, seré yo el primero. Este es mi cuento.

Hace muchos años, en el país vecino de Omán, vivían dos hombres cuya vida había sido una sucesión de pillerías y a los que todos compadecían por su horrible pereza, que les impedía trabajar y ganar su comida honradamente. Uno se llamaba Mustafá, y era alto y de inteligencia avispada. El otro se llamaba Taja, y era bajo y algo tonto.

En la misma ciudad en la que vivían ellos, vivía también un hombre famoso por sus riquezas. De su casa, que era grande y ocupaba una calle a las afueras, se decía que tenía un cámara repleta de joyas y maletines con billetes.

En cierta ocasión, el hombre rico debió partir con su familia a visitar a un familiar lejano que había enfermado y se veía en peligro de muerte. Cuando Mustafá se enteró de esto, se le ocurrió asaltar y robar la cámara que guardaba las cosas de más valor de la casa. Convenció a su amigo Taja y juntos idearon cavar un túnel desde un corral abandonado que lindaba con la casa, y llegar así hasta la cámara desde abajo. Pero al comenzar su trabajo, Mustafá dijo a Taja: "Cava tú el túnel, porque yo padezco de fuertes dolores en la espalda. Además, mis brazos delgados no tienen vigor y por más que me esforzara, mi trabajo no rendiría

provecho. En cambio tú eres fuerte y en poco tiempo habrás llegado al interior.”

Como Taja era simple, creyó las excusas. Cogió su pala y cavó por las noches sin descanso. Trabajó durante dos semanas, mientras su camarada permanecía tumbado arriba. De vez en cuando, le susurraba por el orificio del túnel una voz de apoyo y volvía luego a su posición boca arriba, viendo tranquilamente las estrellas.

Al fin, una noche, la pala de Taja rompió el suelo de la casa. Asomó la cabeza por el agujero y comprobó con júbilo que había ido a parar justo al centro de la cámara de los tesoros. Con su linterna fue alumbrando los anaqueles y los montones de objetos de valor. Corrió a decírselo a Mustafá, que estaba dormido. Cuando pudo despertarlo y lo informó de su éxito, Mustafá le dijo: “Gracias a tu esfuerzo seremos ricos. Cogemos todo lo que hay en esa cámara y luego lo repartiremos: tú tomarás la mejor parte, pues has trabajado más duramente; yo tomaré el resto. Pero no podrá ser hoy, porque ya clarea el cielo y se hará pronto de día y cualquiera podría vernos con nuestro botín. Vendremos de nuevo por la noche y lo cogemos todo. De todas maneras, el dueño de la casa no está aún en la ciudad y no notará nada.”

Así lo hicieron. Pero aquella tarde, Mustafá llegó antes de la hora convenida, con su furgón vacío. Entró por el túnel y desvalijó la cámara; cargó todo en su furgón y se lo llevó a su casa. Luego volvió al corral con el furgón de nuevo vacío. Había cogido una figura de marfil con forma de barco de vela y la sostenía en la mano.

Cuando Taja llegó, se encontró a Mustafá que lloraba sentado sobre un pedrusco.

“¿Por qué estás llorando, camarada?”, preguntó Taja en cuanto lo vio.

“Una gran desgracia nos ha ocurrido. Al llegar con mi furgón, como tú tardabas, he entrado a ver la cámara y he descubierto que estaba vacía. Seguramente el dueño ha vuelto de su viaje y al ver el agujero en el suelo y el túnel, lo ha puesto todo a seguro en otro lugar. Y temo que pronto llegará la policía y, si no escapamos rápidamente, nos cogerán y nos veremos en la cárcel y sin botín.”

“Lo que me dices me llena de sorpresa y de tristeza. Todo mi trabajo no ha de valer para nada. Pero tienes razón, debemos huir lo antes posible, si no queremos además vernos en la cárcel.”

“Espera,” le dijo entonces Mustafá, “en la cámara había tan sólo esta figura. Creo que valdrá bastante dinero. Quédatela tú, porque tuyo fue el trabajo de excavar el túnel.”

Y así fue. Cada uno se fue a su casa con sentimientos bien distintos. Taja iba triste, ocultando su figura para que nadie pudiera sospechar nada. Mustafá iba lleno

de alegría, pensando en el suculento botín que tenía en su casa y que no debería repartir con nadie más. Pero por el camino, Taja fue asaltado por cinco bandidos. El jefe de la banda le dijo: “Hemos estado viendo cómo hablabas con tu amigo y nos hemos dado cuenta de que habéis robado en la casa del rico. Dinos dónde habéis puesto el botín o si no, te mataremos y luego mataremos a tu compinche.”

Taja se desesperó intentando explicarles que, aunque era verdad que iban a robar en la casa, al entrar dentro no encontraron más que las telarañas y la figura que tenía en las manos. Pero no pudo convencerlos de ninguna manera. Además, la figura de marfil que tenía y que aparentemente valía bastante les hacía sospechar más todavía. “¿Y por qué,” le espetó el bandido, “se iba a dejar esta figura que debe tener un gran valor? ¿No será que no os cabía en el furgón y por eso la llevabas tú en las manos? Vendrás con nosotros y nos dirás cómo hallar el escondite del resto del tesoro que habéis robado.”

Secuestraron, pues, a Taja. Lo encerraron en una casa. En el encierro, interrogaron al prisionero para que les dijera dónde vivía su amigo, y Taja, por miedo, les dio la dirección de la casa de Mustafá. Corrieron cuatro de los bandidos hacia allí, dejando al pobre Taja encerrado, bajo la vigilancia de otro bandido que lo amenazaba con una enorme pistola y que se quedó en la habitación de al lado.

Al llegar a la casa de Mustafá, lo encontraron contando sus ganancias. Su sorpresa fue enorme. Los bandidos lo obligaron a cargarlo todo en el furgón y, a punta de pistola, se lo llevaron a él también. Pensaban dejarlo encerrado con Taja y escapar ellos con todo.

Pero el rico había vuelto esa misma mañana y había descubierto el robo. Enseguida alertó a la policía. Después de investigar, los policías supieron que lo robado había salido en un furgón como el de Mustafá, porque un hombre lo había visto al volver del campo a su casa. Así que cuando lo vieron, los detuvieron a todos y los encerraron en la cárcel.

Taja, sin poder salir de la casa de los bandidos, lloraba su mala suerte. Pero por miedo a que lo mataran, decidió salir de allí como fuera. Esperó el momento adecuado. Al cabo de un buen rato, el vigilante se quedó dormido sentado en su silla, roncando como un animal. Con las patas de un camastro, Taja comenzó a romper el suelo y a excavar un túnel. Como estaba muy bien entrenado por su trabajo en la casa del rico, tardó poco en horadar el suelo y encontrar la calle. Entró con mucho sigilo en la habitación donde dormía su centinela, cogió de encima de la mesa su barco de marfil y salió de la casa. Sin saber nada de los otros ni de su amigo, escapó de la aldea porque tenía mucho miedo a lo que les pudieran hacer los horribles ladrones cuando vieran que no tenían nada tampoco en la casa de Mustafá, tal como él pensaba.

Escapó a otra aldea. Y de esta, se fue a otra. Y así llegó a la ciudad de Riad. Vendió allí su figura del barco de marfil, por la cual le dieron una buena suma de dinero, porque su valor residía no en el material del que había sido hecha, sino en la enorme antigüedad que parecía tener. Con ese dinero, abrió una tienda en la ciudad y así salió de su miseria y de sus malas costumbres. Vivió en una modesta felicidad el resto de su vida, mientras Mustafá y los cinco ladrones pasaron años y años en la prisión.

Y este ha sido el cuento que yo os he contado.

Cuando Raschid acabó de contar su historia, los jueces movieron su cabeza asintiendo, en señal de aprobación, porque el cuento les había gustado.

El señor Alí bin-Yusufi bin-al Harum también felicitó a Raschid por su cuento. Después dijo:

-Hemos oído de tus labios una hermosa historia. Será difícil superar su gracia. Pero esperemos a oír la historia de Mul-Hakim.

-Después de haberla oído, -comenzó Mul-Hakim- juzgaréis, porque os voy a contar un cuento que no desmerecerá nada de este que hemos escuchado ahora de labios de mi amigo, y creo yo que será todavía más dulce a los oídos de todos. Este es mi cuento.

Se dice que Alejandría de Egipto es la más bella ciudad del mar Mediterráneo. Tiene un clima agradable, sin que el sol abraza a sus habitantes en verano, y sin que el invierno sea tan frío como en los países de la ribera norte del mar. Allí habitan desde muy antiguo poetas y artistas que brillan en todas las artes, y su fama alcanza los dos extremos de la tierra de los musulmanes y llega a muchos lugares de otras tierras. También se dice que entre sus habitantes abundan los amantes de las artes, que cualquier alejandrino es un buen entendido en los detalles de las obras refinadas, y que todas sus casas están adornadas con bellísimas imágenes de todos los siglos.

Hace dos años, gozaba de su momento de mayor fama un pintor, de nombre Mahtawi. Sus obras las admiraban en todo el país y en Europa no era un desconocido. Por tener uno de sus cuadros, se pagaban grandes sumas. Pero aún así, era también famoso por su antipatía hacia los gobernantes y los magistrados: los artistas son a veces muy caprichosos.

El hombre quiere más que nada lo que no puede tener, y lo que está a su alcance nunca llama su atención. En la misma ciudad vivía un juez, muy severo y famoso por su corazón duro como un diamante. Como buen alejandrino, era un gran amante del arte. Poseía una gran fortuna, pero jamás tocaba ni una moneda,

tanta era su tacañería. Nunca antes habitó en el mundo un hombre tan roñoso.

Viendo su casa no se podía reconocer la riqueza que almacenaba, porque estaba desnuda como la de los pobres. Tenía, eso sí, algunos cuadros que embellecían un par de estancias. Eran obras que le habían regalado los propios artistas para pagar algún favor o para evitar una condena severa.

Sin embargo, el pintor que más le gustaba era Mahtawi. Lo admiraba con delirio, le parecía el mejor de todos los artistas de antes y de ahora, no paraba de alabarlo siempre que podía. Pero no tenía ningún cuadro de él. ¡Ya le habría gustado llenar sus paredes con dibujos de Mahtawi!, pero eso sería gastar una cantidad impensable de dinero. Sólo de imaginarlo, enfermaba y rápidamente se decía que ni siquiera su amor por los dibujos de Mahtawi merecía la pena de gastarse el dinero.

Mamel y Saíd también vivían en Alejandría. Tanto uno como otro habían estado tantas veces en la cárcel que, a esas alturas, ya no las podían contar. El juez los conocía en cuanto los veía y ellos sabían que, hicieran lo que hicieran, cuando el juez los juzgaba acababan en la cárcel. Mamel y Saíd estaban deseosos de vengarse de un juez que tan duramente los trataba. Pero hasta ese momento, nunca habían imaginado ninguna manera de poder satisfacer su anhelo de venganza.

Alguien les contó una vez el amor que el juez sentía por la obra de Mahtawi. Entonces Saíd tuvo una idea enseguida, porque Saíd y el pintor eran amigos desde niños y sabía que no le negaría nada si le pedía un favor.

Una mañana, Saíd se presentó en la casa del juez y le hizo una propuesta. Le contó que conocía al pintor Mahtawi y que podía conseguir que le hiciese un dibujo para él. Además le prometió que por tenerlo en su casa no tendría que pagar ni una sola libra. Entusiasmado con la idea, el juez le preguntó si pedía algo a cambio de hacerle tan gran favor.

“¡Oh, sabio juez!, Alá te ha concedido la luz de la sabiduría. Gracias a ella, impartes la justicia y pocos son los que puedan decir que conocen mejor que tú las leyes. Yo mismo he comprobado numerosas veces ese conocimiento. Sólo quisiera que, si en alguna otra ocasión me viera sentado en el banco ante ti, fueses benévolo conmigo, recordando el día en el que quise hacerte este regalo.”

“Si logras traer a mi casa el dibujo,” le contestó el juez, “sin que me cueste ni una libra, seré benévolo contigo, en la medida en que me lo permita la gravedad de tus delitos, Saíd. Pero, de todos modos, no dejaré que puedas decir de mí que no te traté con justicia y con corazón generoso.”

Saíd entonces le agradeció de mil maneras su buena voluntad. Luego le pidió algo más.

“Una sola cosa,” dijo, “debes darme antes de ir a la casa de Mahtawi. Debo llevar conmigo un billete de 1000 libras, para que sus sirvientes crean que soy un hombre rico y me dejen pasar, pues de otra manera me echarían a patadas de la casa. Te prometo que ese mismo billete estará en tu bolsillo antes de que el sol se ponga.”

1000 libras era una enorme cantidad de dinero. Con ellas podría pagar hasta cinco cuadros del pintor, comprándolos en su propio taller. Por eso el juez dudó. Pero era tan grande la ilusión de poseer un dibujo de Mahtawi sin gastar, que se inclinó finalmente por acceder a la petición.

Con el billete en el bolsillo, Saíd fue a casa de su amigo el pintor y le explicó su plan para burlarse del odioso juez. El pintor se alegró, pues ya os he dicho que aborrecía a los poderosos y más aún al juez. Así que le pareció una buena idea burlarse de su tacañería.

Por la tarde, Saíd volvió a la casa del juez

“Aquí tienes,” le dijo, “ el dibujo que te prometí. También tienes tu billete de 1000 libras. Ya ves que el artista, al saber que le pedía un dibujo para ti, tuvo mucha prisa por hacerlo, ya que te admira y te quiere bien, y desea agradarte cuanto antes. Y como no encontró un papel a mano, ha hecho el dibujo en el propio billete.”

Efectivamente, en el billete había un hermoso dibujo a plumilla, una imagen preciosa del puerto de Alejandría.

El juez se quedó atónito. Bien es verdad que ya tenía su anhelado dibujo de Mahtawi, y también es cierto que se le habían restituido las 1000 libras. Pero comprendía que ese dinero no lo podría emplear en otra cosa si quería conservar el dibujo. Eso era lo mismo que si hubiera pagado 1000 libras por un dibujo que, de haberlo comprado, le habría costado sólo 200. A pesar de todo, dijo a Saíd:

“Me has servido bien y has cumplido todas tus promesas. Quiero obsequiarte con un regalo por todo ello: toma este reloj en señal de mi agradecimiento.”

Y le dio un pequeño reloj de plata.

“Tu gesto de generosidad será conocido por todos, para que todo el mundo sepa que tu bondad es grande.”

Y con el reloj en el bolsillo, dejó la casa del juez y se reunió con su amigo Mamel. Cuando se lo contó todo, se divirtieron mucho y fueron a la calle a celebrarlo comprando dulces de almendra y una cesta de higos secos.

En su casa, el juez maldecía la hora en la que había ido a confiar en Saíd y se decía que por la avaricia había perdido 1000 libras, aunque todavía las tuviese en su casa, y un reloj de plata, aunque fuese plata falsa. Así que inmediatamente hizo que se presentase en su casa el jefe de la policía. Saíd no se reiría de él sin un

castigo.

Estaban los dos amigos en un café del puerto tomando los pasteles de almendra con un té. Se les adercaron entonces dos policías. Tan distraídos estaban riendo la burla que le habían sabido hacer al juez, que no se percataron de la presencia de los policías hasta que uno de ellos habló dirigiéndose a Saíd.

“¿Eres tú Saíd?”, le preguntó.

“Sí, soy yo. ¿Por qué me buscáis?”

“Levanta, porque debo registrarte”. Saíd se levantó sin saber lo que pasaba. El policía sacó de su bolsillo el reloj de plata falsa y le dijo: “Este reloj es del juez. Tú lo has robado esta tarde de su casa. Debes venir conmigo porque eres un ladrón.”

“El propio juez me lo ha dado de su mano”, protestó Saíd.

“Nadie puede creer esa patraña. Todos sabemos que el juez es la persona más avara de la ciudad y que nunca regalaría algo tan valioso a nadie.”

De nada sirvieron las protestas y las explicaciones. El juez metió en la cárcel a Saíd por muchos meses. Después, ya nunca más se habló de aquello: Saíd no quiso acordarse de una aventura que acabó tan mal para él y el juez sentía dolor de tripa cada vez que recordaba aquella tarde en la que perdió 1000 libras.

Este es el cuento que os he contado.

Los sabios que debían juzgar cuál de los dos cuentos era el merecedor del premio, se volvían a mirar y con gestos aprobaban la narración de Mul-Hakim. El señor Alí bin-Yusufi bin-al Harum felicitó al narrador. Con una gran sonrisa en los labios y los ojos bien abiertos, le decía que pocos cuentos de los que había escuchado en su vida eran tan interesantes.

Entonces, ante tantas muestras de alabanza, Raschid tuvo algo de envidia, pues a él no le habían dedicado tanto entusiasmo. Decidido a acabar con aquello, dijo:

-¡Bien, bien! Ahora que hemos oído los cuentos de cada uno de nosotros, ya podréis deliberar para otorgar el premio y para decidir quién merece el Cuerno de Oro y quién no lo merece.

La verdad era que la hora de la deliberación había llegado. Los sabios que tenían a su cargo la responsabilidad de decidir entre los dos amigos se retiraron por una puerta de la sala. Los demás se quedaron charlando y disfrutando de la deliciosa mesa que tenían dispuesta delante de ellos. Tanto Raschid como Mul-Hakim escondían sus nervios bajo una conversación rápida y amena. Al cabo de bastante tiempo, los dos sabios entraron de nuevo en la sala.

-Mi señor, como habéis visto, hemos escuchado con suma atención las dos narraciones y después nos hemos retirado para poder encontrar entre los dos un

ganador, según tú nos has encargado. Sin embargo, al final de mucho pensar cuál de los dos cuentos es el mejor, no hemos sido capaces de cumplir con lo que se nos ha encomendado. Hemos de hallar la manera de que podamos establecer un ganador entre los dos, sin que nuevamente nos veamos indecisos. Sugerimos que un tercer narrador dé comienzo a un cuento y que luego sean los dos participantes los que lo concluyan, compitiendo entre ellos con la maestría de la que ya nos han dado muestras aquí mismo.

-Puesto que lo habéis decidido así, yo lo acepto, pero no sé si los dos contadores también estarán de acuerdo.

Los dos amigos dijeron que era una buena solución y propusieron que, dado que conocía también muchas historias, fuese el propio señor de la casa el que propusiese el comienzo del cuento al que ellos debían poner un final.

-Con gran agrado os propondré yo mismo el cuento. Nada me gusta más que contar historias y escucharlas. En esta ocasión, voy a poder contar y escuchar el mismo cuento. Este es mi relato.

En un barrio pobre de Riad, vivía hace algunos años un joven, muy amante del deporte. Desde niño se había entrenado mucho y ahora era un corredor de gran calidad. Las medallas de oro de todas las pruebas en las que participaba eran para él, porque nadie podía vencerlo.

Pero lo que le estaba dando la felicidad, también se la estaba quitando. Tantas horas dedicaba a su preparación, que fuera de sus padres, no conocía a nadie más. Era por eso un muchacho muy solitario y también muy triste.

Pocos días antes de la prueba que lo proclamaría campeón de toda Arabia, mientras iba a las pistas de entrenamiento con su padre, un coche lo atropelló y del golpe lo lanzó a varios metros de donde estaba.

-Ahora,- interrumpió su relato Alí bin-Yusufi bin-al Harum,- os dejo a vosotros concluir la historia. Del final que cada uno le dé dependerá la elección del ganador del Cuerno de Oro.

-El joven- continuó el relato Mul-Hakim -resultó herido en muchas partes de su cuerpo después del atropello. Su pierna se rompió y su carrera como atleta quedó rota con ella. A pesar de que muchos doctores lucharon por devolverlo a las pistas de la competición, nada pudo nadie. Así se vio que los hombres somos lo que nuestro destino hace de nosotros, sin que nuestra voluntad decida nada.

-El joven- continuó el relato Raschid- no pudo participar en el campeonato que estaba preparando por sus heridas. Pero, después de una difícil temporada en manos de los doctores, y gracias a su voluntad y a su esfuerzo, se recuperó y a los

pocos meses alcanzó el título de campeón de todo el país. Así se demostró que la voluntad del hombre lo puede todo.

-Otra vez -dijo Alí bin-Yusufi bin-al Harum- habéis demostrado gran agilidad inventando historias y los dos son apropiados para la historia que yo os he sugerido. Ahora sólo queda que los sabios determinen cuál de los dos es mejor.

-Espera -interrumpió Raschid-. Tú has inventado la historia que nosotros hemos acabado, cada uno como ha querido. Sin embargo, si esto termina tal y como parece que va a terminar, quedaremos sin oír el final que tú le darías a la historia.

-Lo mismo estaba yo pensando, señor -secundó Mul-Hakim-. Antes de que se acabe esta preciosa noche y de que uno de los dos se lleve su premio, cuéntanos tu final, no nos dejes sin saber cuál es el final que tú habías concebido para la historia del atleta.

-No tengo ningún inconveniente en contaros mi final. Pero si os lo cuento ahora, los sabios jueces que deben decidir el ganador tendrán también en cuenta mi final; es decir: si cuento el final, yo también participaré en el concurso.

Este comentario cogió de sorpresa a los dos amigos. Ninguno esperaba que esta posibilidad fuese propuesta por nadie. Sin embargo, ninguno de los dos puso inconvenientes a esa participación de última hora. En parte porque ambos estaban deseosos de escuchar fuese como fuese el final que Alí bin-Yusufi bin-al Harum iba a poner a su historia; y en parte porque cada uno pensaba que ningún otro contador podía ser mejor que él, y que se llevaría finalmente la joya a su casa.

Después de quedar todos conformes, el señor tomó la palabra.

-El joven- continuó el relato Alí bin-Yusufi bin-al Harum -efectivamente quedó tan herido que nunca se recuperó de sus heridas. Debió pasar muchos meses en el hospital. Su fama se apagó y todos lo olvidaron. Pero los meses de hospital hicieron que conociera a una mujer, una hermosa doctora que lo atendía. Se enamoraron y se casaron y ellos y sus hijos son felices y el fantasma de la soledad y la tristeza no habita en el corazón del joven protagonista de nuestra historia.

Cuando cada uno de los tres, hubo acabado su relato, los jueces se volvieron a retirar de la sala para deliberar y encontrar un ganador del Cuerno de Oro. Al cabo de unos minutos, volvieron a entrar. Uno de ellos habló por los dos y dijo:

-Tu relato, Mul-Hakim, ha sido agradable y muy interesante. Pero te empeñas en entristecer los corazones aplicando siempre un final triste a tus historias. Cuando más interesados estamos en tu cuento, entonces tú compones el final triste, y nuestro interés se convierte en pesadumbre. Tu relato, Raschid, es también igualmente delicioso. Pero tu afán por hacernos felices te obliga a terminar siempre bien tus historias. Por el contrario, el relato del señor Alí bin-Yusufi bin-al Harum

tiene gotas de dulzura y gotas de amargura. El final del cuento nos hace llorar y también nos hace sonreír. La vida de los hombres está hecha de alegrías y también de disgustos, y no siempre se ríe ni siempre se llora. Cualquier sinsabor queda mitigado por la sonrisa con la que acogemos un suceso agradable. Por eso pensamos que este último relato es el mejor de los tres y merece el premio del Cuerno de Oro.

Cuando acabó la deliberación y todos conocieron cuál era el juicio de los doctores, todos aceptaron el acuerdo. Los dos amigos, no obstante, tardaron mucho en darse cuenta de que ninguno de ellos dos se llevaría el premio. Felicitaron al ganador sin gran entusiasmo, como con la cabeza aún en una nube que les impedía comprender la realidad, la resolución final de aquel concurso de cuentos. Habían soñado con la riqueza y la habían perdido en unas pocas horas. Como premio, sólo se llevaban una nueva historia aprendida.

El Cuerno de Oro se quedó donde estaba, pues esa era la casa del vencedor. Raschid y Mul-Hakim fueron llevados de nuevo a la ciudad y cada cual en su casa contó todo lo que les había pasado sin ocultar ningún detalle. Sin el Cuerno de Oro, debieron conformarse con lo que tenían, que no era poco, pues los dos eran muy felices. Además habían aprendido una historia nueva. Y eso también era un tesoro.